

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año II

1976

Núm. 4

ÍNDICE

	Pág.
Asunción Alejos Morán: Cristo en Simone Weil	221
Mariano Peset, M. ^a Victoria López González, Santiago La Parra, M. ^a Amparo Cervera, M. ^a Fernanda Mancebo, Elvira Arquiola y José Luis Peset: El clero ante la peste de Valencia de 1647-1648	307
Vicente Conejero Martínez: El Trienio Constitucional en Valencia (1820-1823) .	345
Santiago García Aracil: Un manuscrito inédito valenciano del siglo XV, titulado "Art de ben morir"	371
Notas: Gonzalo Gironés: La teología figurada	415
Recensiones	419

EL CLERO ANTE LA PESTE DE VALENCIA DE 1647-1648

Por Mariano Peset, M.ª Victoria López González, Santiago La Parra, M.ª Amparo Cervera, M.ª Fernanda Mancocho, Elvira Arquiola y José Luis Peset.

Tú que habitas al amparo del Altísimo
que vives a la sombra del Omnipotente
di al Señor: "Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti".
Él te libraré de la red del cazador,
de la peste funesta.
Te cubrirá con sus plumas
bajo sus alas te refugiarás,
su brazo es escudo y armadura.
No temerás el espanto nocturno,
ni la flecha que vuela de día,
ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la epidemia que devasta a mediodía.
Caerán a tu izquierda mil,
diez mil a tu derecha:
a ti no te alcanzará.

(Salmo 90)

En el momento de describir y comprender la actitud del clero en torno a los sucesos de la peste bubónica,¹ es conveniente trazar las funciones

¹ El presente estudio forma parte de una investigación sobre la peste de 1647-1648 en Valencia que venimos realizando; por el momento hemos publicado "La demografía de la peste de Valencia de 1647-1648", *Aselepio* XXVI-XXVII (1974-1975) 197-232, así como "Madrid, villa y corte, y la peste de Valencia de 1647-1648", *Estudis*, en prensa.

La bibliografía, escasa, puede verse en el trabajo primeramente citado; en general, sobre la época nota 79 de éste. Las fuentes primordiales de este estudio son F. Gavaldá, *Memoria de los sucesos particulares de Valencia y su Reino, en los años mil seiscientos quarenta y siete y quarenta y ocho, tiempo de peste, Valencia*, Por Silvestre Esparsa, Año 1651; V. Arcayna. *Apuntamientos de lo sucedido en Valencia, particularmente en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús*

primordiales que, en concreto, desempeña durante aquellos meses. Por de pronto, depara una explicación teológica —castigo de Dios— que da razón de aquella calamidad; con ello expone el sentido de la epidemia y busca el consuelo o resignación a las gentes frente a las explicaciones médicas, más racionales. A un tiempo, señalando la intervención de Dios y los pecados de los hombres, evita todo planteamiento sobre la posible culpa de las autoridades o las diferencias sociales que se muestran descarnadas en los momentos más trágicos de la peste; se admite que ha sido un barco de Argel, se atiende al parecer de los médicos —a su diagnóstico y sus remedios, más que a su etiología—, se acepta que haya podido haber errores, pero por arriba como causa última —en las fuentes de origen clerical— está Dios y el pecado... Para los que han de morir surge el consuelo de una instancia fuerte e inapelable... Dios, que ha contado los cabellos de todos los hombres.

Junto a esta tarea de explicación —inserción de la peste en la ideología dominante—, cumple asimismo el clero otras funciones. Podríamos distribuir sus actividades en dos niveles: unas, con una finalidad más estrictamente religiosa, como confesar o administrar sacramentos; otras, con un sentido más racional y práctico, como repartir limosnas y administrar las morberías creadas al efecto. Pero, aparte la dificultad que supondría decidir sobre el carácter de algunas— por ejemplo, los enterramientos—, correríamos quizá el riesgo de deslindar sus tareas mediante una valoración actual, en que las actividades no se hallan tan embebidas en una atmósfera religiosa. En cambio, parece evidente que la actuación de los clérigos tiene una doble vertiente: en ocasiones su presencia alude directamente a la autoridad de que gozan en aquellos siglos; en otras, su actividad se vuelca más en la atención espiritual o material de los enfermos. Veremos a los clérigos participar en las juntas que se forman para combatir el morbo, al arzobispo, algún canónigo... Intervenirán en varias circunstancias como detentadores del poder. Como también, les veremos confesar y sacramentar moribundos, rezar u organizar largas y continuas procesiones...

El clero, juntamente con la nobleza, constituye la clase dominante en el siglo xvii, si bien, con tal diversidad de funciones y organización, que parece adecuado ocuparnos separadamente de él, siempre que no olvidemos que está ligado a la nobleza por estrechos vínculos de intereses y de ideología. Cabría afirmar que los clérigos son los creadores

de los últimos de Julio, en adelante, año 1647, manuscrito del Colegio del Corpus Christi de Valencia. También V. Torralba, *Memorias curiosas que dexó escritas...*, manuscrito 13 de la Biblioteca universitaria de Valencia en copia del P. Tomás Güell.

y el principal soporte de las ideas justificadoras y fundamentadoras del viejo orden feudal.

Clero y nobleza

El estamento clerical, en estos meses de peste, se muestra cercano y unido a la nobleza, al rey, al virrey y, en general, a todos los cabezas de la sociedad estamental, de que forma parte. Con ocasión de sus actuaciones, es fácil descubrir juicios elogiosos en las fuentes clericales: el virrey, conde de Oropesa, brilla extraordinario, como también las demás autoridades. Pedro Jacinto Morlá, siguiendo el hilo de la narración de Gavaldá,² se refiere a los dos pilares que sostuvieron la ciudad:

Lo cuidado dels Patricis
referix, y es bé que es note
que fonch (pera major lauro)
a tan gran que feren proves

De que en tal fatal conflicte
(com en tot l'orb es notori)
fonc tanta la diligencia
en lo modo del dispondre

Lo remey, que sens passió
Lo seu valor tan heroic,
y son nom es just que grave,
y que estampe en les histories

València, per que es divulgue,
que los fills, lleals y nobles
excedixen als que en Roma
vestiren consulars togues.

Relata dels Ecclesiastics
la assistència tan inmoibil
que vent lo mortal estrago
foren peñes, foren roques.

La pietat y la clemència
de Convents y de Parroquies
en los proxims amostraren
caritat sens seremonies.

Que ab tenir debils los muscles
La virtud los doná forces,
que es certa la que es despulla
de totes les vanaglories

De la curació nos pinta
pera que el temps nou ignore,
lo que els metges Avisenes
en tals afficcions resolen.

La actividad de Oropesa es ensalzada por Gavaldá y Arcayna, los relatos clericales más importantes. El dominico dedica un capítulo a su "particular cuidado en mirar por Valencia", en donde resalta su noble actitud por permanecer en la ciudad, cuando pudo haberse retirado. Su enfermedad, que nada tenía que ver con la peste, es exaltada como participación en los males de la ciudad: "Tocóle una centella del fuego, que fue un carbuncho que le salió en la espalda..."³ Pero —sigue— "fue Dios servido de sacarnos presto deste cuidado, dándole entera salud; la qual alcanzó fuera de peligro día de San Andrés". La narración de Arcayna —más detallada, y en contradicción con la fecha dada por el

² Gavaldá, sin paginar, al principio.

³ Gavaldá, § XIII.

dominico— revela la repercusión popular y divulgación por el clero del suceso:

Este mismo día a treyta [de noviembre de 1647], día del Apóstol San Andrés amaneció el Señor Virrey herido de un carbunco y con calentura. Embió a las Parrochias y los Conventos de los religiosos para que rogaran a Dios por su salud. Recebido este recaudo, el P. Viceprepósito ordenó a todos los Padres y hermanos de casa lo hizieran, y todos juntos salieron a la Capilla del altar maior de nuestra Iglesia, y patente el Santíssimo, dixeron las Letanías maiores y otras preces y rogativas por la salud de Su Excellencia, y continuaron lo mesmo los otros días.

December 1647

El primero de Diciembre y primer domingo de Adviento, habiendo doblado la noche antes todas las campanas de la Iglesia maior, estuvo en ella patente el Santíssimo, acudiendo a dicha Iglesia muchísima gente, hombres y mugeres de todos estados a rogar por la salud de Su Excellencia el Señor Virrey; y en todas las Iglesias de las Parrochias y de religiones se hicieron rogativas por lo mesmo, y avida Licencia del Señor Arçobispo, sin la qual no se puede sacar de su Capilla la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, fue llevada al Palacio Real y puesta en la Cuadra donde estava enfermo Su Excellencia, sobre un altar, que estava prevenido muy ricamente adereçado, y luego se halló Su Excellencia aliviado de la calentura, y moderado el ardor del Carbunco.⁴

Esta rápida enfermedad del virrey es sólo anecdótica. Gavaldá basa su alabanza en dos cosas fundamentalmente, que no saliese de la ciudad, ni dejase salir a la audiencia y los oficiales, pese a que estaba permitido y había precedentes para su huida...; y, en segundo lugar, que ayudase a conseguir dinero para hacer frente a los gastos de la peste. Lo cierto es que al virrey se le presentaron muchas dudas sobre su permanencia en la ciudad.⁵

Por otro lado, los clérigos en su descripción de la peste, aluden ocasionalmente a la huida de la nobleza, sin que se condene el abandono. A veces, les acompañan clérigos hacia las zonas más sanas; así vemos que los jesuitas, además de situar a un padre junto al virrey, envían a otro para atender a su esposa y su madre, que se encuentran en Picasent. Pero no es caso aislado: “El P. Gaspar Garrigas, que se havia de retirarse en la alquería de Sogorbe, que está cerca de Molviedro, llegado a ella le pareció más cómodo la villa de la Alcudia, y la mesma noche que llegó a ella se partió para dicha villa y fue recebido con agrado de

⁴ Arcayna, fol. 55 v.; también L. Matheu y Sanz, *De Regimine Regni Valentiae*, Lyon 1704 (1.ª ed. 1654-1656) cap. VIII, § X, sect. I, fol. 360, confirma las fechas de Arcayna.

⁵ Gavaldá, § XIII; acerca de las dudas del virrey, puede verse su correspondencia con el monarca y el consejo de Aragón, A.C.A., Secretaría de Valencia, leg. 596.

la Condesa de la Fera y Alcudia y Doña Angela de Ixar su hermana, y huvo de estar retirado en casa de dichas señoras haciendo la quarentena, porque la villa de la Alcudia le negó la comunicación, porque un día antes había salido de Valencia..."⁶ Se acepta que la nobleza debe preservarse, mientras el clero y los oficiales reales han de hacer frente a la peste. Arcayna nos narra un curioso caso que corrobora este aserto. Se trata de un noble señor y sacerdote, que pretendiendo ayudar, es disuadido por el jesuita.

A veynte de Noviembre [de 1647] recibió el P. Vicepreósito una carta de Don Gerónimo Vives, cavallero del hábito de Alcántara y sacerdote, maiorazgo de su casa que le renta más pasados de tres mil escudos cada año, y por orden del dicho P. Vicepreósito, Confessor suyo, queriendo dicho Cavallero exponerse a servir a los apestados, le mandó se retirara de Valencia y guardara su vida para emplearla en otra cosa de maior gloria de Dios; y se retiró al Monasterio de Ntra. Señora de la Murta de Padres Gerónimos, fundación de sus antepasados, y de nuevo redificado por Don Diego Vique, su Tío, y para ser recebido en dicho convento se huvo de retirar a hazer la quarentena en una hermita, que está algo lexos de dicho convento, que tiene capilla y abitación bastante para los que ivan en su compañía, que eran dos Clérigos para el servicio de su persona, el Bayle de Cullera, un Cocinero, un moço simple para el servicio de cosas humildes; y le escribe en dicha carta, que hospedado en dicha hermita fue herido de peste uno de los dos Clérigos, llamado Carreras, y éste apegó el mal al otro, llamado Francisco Cardona, y al Bayle [de] Cullera y al Cocinero, llamado Juan Mallorquín, y que todos los quatro sobredichos murieron en breve de contagio, y les huvo de servir por su persona, administrar los Sacramentos y enterrar, haciéndole compañía el dicho simple; quemó toda la ropa que había sacado de su casa, proveyó de otra nueva, y gastó en esta ciento y cincuenta escudos; y desamparando la hermita, se albergó en un casa apartada de dicho Monesterio, cubierta de texavana en la qual se suelen recoger los Pobres, y allí hizo la quarentena, y le dize que él, que en su casa con la comodidad que en ella tenía de aposento, con alcova, cama acomodada, servido de criados, asistido y consolado de amigos, tenía la salud quebrada, padecía algunas tristezas; allí tenía salud, estava consolado en lo interior de su alma y agradecido al hospedage que le hacía la casa de los pobres, alentado para favorecerles por el buen hospedage que su casa le había hecho; y en otra que después le escribió de 3 de Diciembre, que los dichos Padres Gerónimos le habían acogido dentro del Convento, a donde se hallava muy asistido de dichos Padres y él muy agradecido a la mucha Charidad que con él usavan.⁷

Otras páginas del jesuita nos traen el convencimiento de la huida de la nobleza. Cuando algún padre recorre las tierras adentro de Valencia vemos que las familias más nobles se encuentran en sus posesiones rura-

⁶ Arcayna, fol. 39 v., sobre la familia de Oropesa 18 v.

⁷ Arcayna, fols. 47 r.-47 v.

les.⁸ Pero, aparte casos y personas, nos interesa más destacar el silencio de las fuentes clericales, sobre alguna de las realidades más salientes del momento, que pueden ser claves para la comprensión de aquella peste. La presencia de los bandoleros en torno y aun en la ciudad, no aparece apenas reflejada hasta que victoriosamente los combata Oropesa. O bien, apenas se hace referencia a los bandos y fricciones que la oligarquía ciudadana sufre por estos años y se agudizan con el brote de la peste. Parece que la ciudad —sus estamentos y jerarquías— presentan aciertos continuos en sus actividades y medidas.⁹ A la vez se cargan las tintas y sombras sobre los vicios del pueblo...

SENTIDO DE LA PESTE

Muchos clérigos murieron, mientras atendían a los apestados. La muerte les alcanzó mientras cumplían con lo que creyeron su deber: morir junto a sus hermanos. Pero ¿qué sentido tenía la plaga que asoló Valencia? En aquellas muertes y aquel esfuerzo de algunos clérigos, sin duda las gentes encontraban consuelo y una promesa de vida eterna... Pero, aparte el sentido individual con que cada persona pudo enfrentarse a su propia muerte, ¿qué sentido tenía para la comunidad? ¿Hacia dónde apuntaban sus consecuencias? Los clérigos debían responder a estas preguntas estableciendo ideas y provocando sentimientos acerca de la peste. Ni la nobleza ni los ciudadanos, ni siquiera los médicos, buscaban una interpretación; en todo caso, le hacían frente y esperaban de los eclesiásticos una justificación de la catástrofe.

Desde las fuentes con que contamos hemos de arriesgarnos a reconstruir aquellas ideas. Los clérigos aceptan las explicaciones médicas, que desde su formación escolástica serían causas segundas, por detrás de las cuales aparece Dios como causa primera. Presentan también el ejemplo e imagen de San Carlos Borromeo, capaz de santificarse a través de su actividad en Milán, en la peste de 1576 y 1577, mostrando el papel que debe cumplir el clérigo en épocas de morbo bubónico.¹⁰ Otras veces recuerdan lecturas clásicas, comparando al virrey con Eneas, al que supera por no huir.

⁸ Arcayna, fols. 50 v.-51 r.

⁹ Gavaldá, en el prólogo o *Intento del autor...*, expresa: "Para que los que nos sucedieren no culpen nuestro descuido dexo escrita esta memoria...", aun cuando, al inicio, compara la peste con sus muertes a las debidas a la venganza de las parcialidades y bandos. Sobre éstos, el excelente estudio de J. Casey, citado en nota 79.

¹⁰ Gavaldá, *Intento del autor* y § XVIII; Arcayna, fols. 43 r.-43 v.

Dixerat ille: et jam per moenia clarior ignis
 Auditur, propiusque aestus incendia volvunt,
 Ergo age, care pater, cervici inponere nostrae:
 Ipse subibo humeris, nec me labor iste gravavit:
 Quo res cumque cadent, unum et commune periculum.¹¹

Cultura y formación latina, en donde la teología y la filosofía escolástica se unen a unas gotas de lecturas clásicas. Con este bagaje habían de dar razón de aquella grave tragedia... Gavaldá terminaba su testimonio con estas palabras que justifican su obra.

Remato esta memoria, haziéndola de que la causa total de la desdicha que padecemos en Valencia fueron las sobradas ofensas de Dios en género de deshonestidad y vengança, y la poca reverencia o mucha irreverencia de los Templos sagrados, quiso Dios que su justicia hiziera abrir los ojos a los que el sufrimiento de tantos años no pudo, para que así los que le avían ofendido, con el açote temporal, unos purgaran su culpa y mejoraran otros su vida; y quantos en lo venidero leyeren este horrible y tremendo castigo de Dios, ya que por amor no le sirvan, le sirvan por temor.¹²

La peste bubónica —como su correlato bíblico de las plagas de Egipto— tiene a Dios por principio y fin. Dios la envía por la conducta de los hombres y, a través de ella, se alcanzan finalidades que llevan hacia Él, bien la muerte, bien ocasión de santidad y de esfuerzo para quienes se quedan. En relación a los sacerdotes y frailes muertos, concluía Gavaldá:

Llevóse Dios algunos para premiarles luego con su gloria, y dexó a otros para memoria a los fieles de lo mucho que deven a la Iglesia y a sus ministros los Sacerdotes, pues éstos en ocasión que el hijo más querido causava horror a su padre, no le tenían de estar a la cabecera de un herido, oyéndole de penitencia algunas horas; y esto tal vez en un aposento muy asqueroso, muy hediondo y muy pobre, donde por no tener en que sentarse el confessor, se avía de sentar sobre la propia cama del empestado. Entrava tal vez en un abuhero donde avía quatro o cinco heridos todos en una cama, y a vezes era ésta una estera sobre el suelo, cerradas las ventanas porque la luz no manifestara la pobreza, sin poder correr el aire, hecho un horno con el aliento de tantos calenturientos, donde el confessor, si no le acompañava mucho valor christiano, mucha confianza en Dios y mucho amor de sus próximos, el menor destes encuentros le avía de hazer bolver mil passos, y aun mil leguas atrás.¹³

¹¹ *Eneida*, II, 705-710.

¹² Gavaldá, § XXXIII.

¹³ Gavaldá, § XXXIII.

El sacerdote y la iglesia son presentados en los escritos de estos clérigos como protagonistas heroicos de la peste, buscando el reconocimiento por sus sacrificios. Esta mentalidad del clero no se percibe tan nítida en la relación de Arcayna. Está más atendida a los concretos hechos, sin planteamientos generales ¿quizá porque tiene una finalidad dentro de su orden, sin dirigirse hacia el exterior, al público? Es una memoria para el provincial y para él mismo. Su forma de recoger es más casuística, narrando muertes y curaciones, y resaltando la actividad de los padres y sus virtudes. Tal vez por un mayor sentido práctico, por un sentido jesuítico del caso... No hay un planteamiento total, sino concretísimas ocasiones en donde se revela Dios, el milagro y la acción de los jesuitas. Un sentido más racional y práctico preside sus páginas.¹⁴ El jesuita recoge casos singulares: una mujer que va al hospital enferma y no puede entrar, queda a la puerta y se le acerca un licenciado que la pulsa y le dice que está sana, para él es una aparición del ángel de la guarda, a quien le rezaba cada día; gentes que no confesaban hacía años y se arrepentían, amancebados que se separaban; otros, se refieren más estrictamente a los horrores de aquellos días, conocidos a través de las salidas de los padres; a veces recoge curaciones maravillosas, debidas a la intercesión de San Ignacio, que le cuenta otro padre. Desde luego, la minuciosa y cronológica relación de Arcayna se esmalta de estos casos que le interesan extraordinariamente; hay alguno apuntado en el margen, y al fin, cuando ya ha cerrado el relato añade otros cuantos... “Después de escrito esto han llegado a mí noticia algunos casos de edificación...”¹⁵

Pero en todos ellos está en primerísimo plano la figura de los jesuitas en su esfuerzo frente a la peste. Como para Gavaldá cuando habla de los dominicos o de los sacerdotes en general. El clero no puede huir —como a veces ocurre—, no debe...

Dizen los amigos de la vida y enemigos del trabajo, que en ocasiones como éstas es bueno guardarse y el guardarse es huir; proposición que se la passara yo a un secular apesgado a su muger y hijos, muy contento con el regalo de su casa y que no llega a apreciar lo heroico y grande de la caridad que me alienta y fervoriza a exponer mi vida por el bien espiritual o temporal de mi próximo y el premio grande que se espera conseguir por tal acción: pero personas Eclesiásticas, que por su estado tienen obligación de saber, no sólo lo

¹⁴ Arcayna, fols. 49 r.-50 v., en donde transcribe una carta de unos jesuitas de 22 de noviembre de 1647, que atribuyen a la particularísima providencia de nuestro Señor un caso que les sucedió.

¹⁵ Estos casos en Arcayna, fols. 33 v.-35 r.; 43 r.-43 v.; 79 r.-80 v.

forçoso de la caridad, sí que también lo libre y voluntario, en cuya observancia consiste la perfección de la vida Evangélica.¹⁶

Este modelo de perfección significa, desde luego, una meta a cumplir, unos estímulos en su acción y, al mismo tiempo, una justificación de su existencia y de sus virtudes, como individuos y como estamento... Son elegidos. Monjas ninguna murió, pues Cristo las protegió como “esposas suyas”... A veces, Gavaldá en su exaltación clerical coloca a su estamento sobre la nobleza y alaba a San Vicente Ferrer y San Luis Bertrán, santos dominicos, hijos de Valencia, “siendo por estos dos más conocida en el mundo que por sus dos famosos Conquistadores don Rodrigo de Vivar y don Jayme el primero de Aragón”.¹⁷

CLERO Y PUEBLO

La interpretación que dan de la peste, hacía recaer en el pueblo la culpa. Eran los vicios y pecados cometidos por él los que desencadenaban la ira de Dios. Esta interpretación llevaría un nuevo terror a las gentes, y significaría la represión de los pecadores. En aquellos momentos tan tensos para la ciudad, el virrey se identifica con esta mentalidad y da un bando o real crida contra aquellos pecados; las ideas del clero son revestidas de la fuerza del poder.

Que per quant es cosa certa y averiguada, que tots los castichs que Deu nostre Senyor acostuma embiar als Regnes, Ciutats y poblacions aixi de fams, guerres, esterilitats, pestilències y mortaldats, com de altres flagells e plagues, son per causa de pecats públichs y ofenses escandaloses, ques cometen contra la Divina Magestat, majorment si aquells nos procuren castigar y remediar per les persones a qui toca y pertany per tots los camins y medis possibles; e jatsia que de algúns anys a esta part Deu es estat servit castigar esta Ciutat y Regne ab diferents plagues y persecucions; emperò la present de la enfermetat pestilencial y contagiosa, de la qual son mortes tantes persones, com es notori, quant es major que les plagues y treballs passats, es major indici y més manifest senyal, de que los pecats son més graves y escandalosos, y que la temeritat dels homens, ara més que en ningún temps, ab sa malícia a donat ocasió a que la Divina Justícia castigue esta Ciutat ab més y majors aficcions que les passades.¹⁸

¹⁶ Gavaldá, § VI.

¹⁷ Gavaldá, § V, sobre las monjas § XXXIII.

¹⁸ *Real crida, sancció, pragmática y edicte sobre les coses concernents a la extirpació de pecats publichs y vicis escandalosos Fet y provehit per lo Illustrissim y Excellentissim Senyor Don Duarte Fernando Alvarez de Toledo, Portugal, Monroy y Ayala, Comte de Oropesa...*, Valencia. En Casa de la viuda de Jusep Gasch, any 1647, que puede verse en Colegio del Corpus Christi, Papeles varios, de Mayans, núm. 536; también en A. G. R. V., Real cancillería, leg. 601.

La lista de las conductas castigadas no es muy amplia. En un momento en que los bandoleros están presentes, y las casas abandonadas son saqueadas y se roba la ropa de los apestados, el bando de Oropesa prescinde de estas realidades para situarse en un nivel lejano y diverso. Más bien, se pretende aplacar a Dios en aquellas conductas que parecen afectarle más, según la mentalidad clerical de la época. Se trata sobre todo de crímenes relacionados con la moral sexual o con el juego. Podría pensarse que se incriminan conductas peligrosas por razón del contagio, cuando se destierra a las prostitutas o se persigue a los mendigos que están “bons y sans, y volent viure sens treballar, van mendicant, y acaptant per la present Ciutat e per les portes, y aquestos lleven les caritats y almoynes que es donarien als constituïts en pobrea y en enfermetats”.¹⁹ Pero en verdad, responde a un planteamiento moralizante. Condena a quienes hablen en las iglesias o intenten hablar con las monjas, así como las blasfemias, a penas enormes, con la usual diferenciación en ellas, entre nobles y plebeyos. Condena el amancebamiento o la fornicación, así como la alcahuetería o a los encubridores... Los delitos sexuales y los juegos se muestran en aquella mentalidad como graves pecados que atraen el castigo de Dios... Algunos de estos delitos —amancebamiento por ejemplo— están castigados por Fueros; sin embargo, se insiste contra amancebados, mientras se olvidan otros más graves: los delitos de sangre y contra la propiedad. ¿Cuál es la razón? Sin duda, el presente bando está imbuido de una mentalidad clerical, que subraya aquellos delitos que más directamente rechaza su sensibilidad, en buena parte, por su condición de célibes.

Por lo demás, dadas las circunstancias, el bando establecía facilidades en la prueba y la delación de aquellos delitos para mejor perseguirlos. Se guardaría el secreto a quienes los comunicasen —se perseguirían de oficio— y la prueba plena no sería necesaria, bastando indicios y sospechas.²⁰

La justificación providencial y la corrección de los vicios nos muestra al clero preocupado por el sentido de la peste. Sin embargo también las cuestiones económicas tienen cabida en sus escritos, mostrándonos otra cara de la cuestión. El estamento clerical responde a su situación privilegiada —a la situación privilegiada de las clases dominantes— con estas ideas y con su actividad indudable y generosa. Quienes dominan política y económicamente aquella sociedad, presentan sus bondades como justificación de su dominio. Es más, el clima y ambiente que se vive en aquellos momentos da lugar a limosnas en favor de las iglesias y el clero; una situación de terror, favorece la piedad de las gentes y algún dinero

¹⁹ *Real crida...*, pág. 7 r.

²⁰ *Real crida...*, 7 v.

más afluye hacia este estamento que se sacrifica. No pretendemos que estas limosnas expliquen —ni con mucho— la actitud del clero, pero están también presentes... Es significativo algún caso que trasparenta la realidad de aquellos días.

En la Parroquia de San Nicolás —escribe Gavaldá— don Baltasar Iulián, Cavallero de la Religión de Montesa, hizo muchas y muy considerables limosnas en todo género de gente. Procuré mucho saberlas, para ponerlas en este papel, pero su modestia por todos los caminos me impidió las noticias. Guardó su mucha caridad las puertas de su casa, y con tanto cuidado, que siendo su familia de las más numerosas de Valencia, no vio el mal por su casa. Otros muchos particulares hubo que hicieron limosnas muy considerables, no las escribiré yo aquí, porque creo que Dios nuestro Señor las tiene muy bien escritas en el libro de su divina aceptación para premiarlas a su tiempo.....
 ¡Dichoso clima que tanta piedad influye en los suyos!²¹

Resulta sorprendente que las dos fuentes principales de nuestro relato anden en desacuerdo respecto de la economía de la Valencia apestada. Para Gavaldá nunca faltó el dinero, para Arcayna los tiempos fueron malos.²² Quizá la distinta situación financiera que parece existir en ambas órdenes, explique un tanto su diferente visión. Arcayna confiesa que por las muertes y las ausencias, la casa profesa se vio un tanto desatendida, siendo necesario el envío de fondos por otras casas de la orden. Los jesuitas también recurren a misiones por los pueblos de los alrededores —en donde se encuentra la nobleza—, consiguiendo fondos y alimentos. “El affecto con que hizieron limosna para la Casa fue grande, pues con ser estos lugares muy pobres y los más de ellos estar muy exhaustos con el mal tiempo y falta de cogidos, y aver poco antes acudido a la Ciudad de Valencia con buena limosna para socorro de los enfermos de contagio que en ella había, dieron para los enfermos de contagio que avía en la Casa profesa más de cien aves y para sustentarlas más de tres cahizes de daçsa [maíz], veynte docenas de huevos, algunas arrobas de pasas y algunos cabritos, y en dinero cerca de treynta libras...”.²³ Es más, Gavaldá mirará con recelo que el vicepropósito acuda al arzobispo Aliaga —que es dominico— para que auxilie con su dinero a la orden.²⁴ Los predicadores obtuvieron mayor número de limosnas, por la devoción popular hacia el cuerpo expuesto de San Luis Bertrán. “Todo el tiempo de la peste se sustentó el Convento con las limosnas que entraron en su

²¹ Gavaldá, § XI.

²² Gavaldá, § VIII; Arcayna, fol. 75 r.

²³ Arcayna, fols. 51 r. ss.

²⁴ Gavaldá, § X; Arcayna, fol. 38 v., sobre ayuda de otros colegios 57 v.

Capilla, que con sus rentas no pudiera, por haverle faltado todas. Visitaron su sepulcro las más Comunidades de Valencia...".²⁵

Es evidente que el trágico ambiente, fomentado por la interpretación del clero, favorecía estas limosnas. Con ellas se remediaron las escaseces que pudo haber en aquellos días de la peste. Los clérigos, por su parte, fueron generosos también, con sus trabajos y su vida, en ocasiones. Cuando se trató de imponer nuevas sisas para hacer frente al morbo, a pesar de su exención, las aceptaron.²⁶ El clero enfrentó la peste con unas ideas, con unos trabajos, unas muertes, una actitud generosa que venía a dar razón de su existencia, su poder y su riqueza. Su generosidad a nivel general, significaba una justificación para el orden social establecido.

EXALTACIÓN DEL FERVOR RELIGIOSO

Al pronto la epidemia se mantuvo secreta. Aunque los médicos dudan, las autoridades son conscientes de que la enfermedad es muy grave y toman las primeras medidas. Pero el pueblo en general, desconoce la terrible realidad que le amenaza. En los meses del verano se ordena la limpieza de la ciudad, más adelante —en septiembre— se organiza la guarda de las puertas... A comienzos de otoño era evidente la presencia del morbo bubónico; el número de muertes no permitía dudarle y las gentes de Valencia —como primer remedio— imploraron la misericordia divina públicamente, con numerosas procesiones. El ambiente es tan tenso que hasta los niños juegan a procesiones, reflejando la angustia o la actividad de los mayores.

Los niños y niñas que hazen lo que ven hazer a los maiores, divididos por sus barrios, al cerrar de la noche hazían procesiones y su estación a la imagen del barrio. Una noche los niños y niñas de un barrio acordaron de hazer la estación a la capilla de Nuestra Sra. de los Desamparados, a los quales se juntaron los niños y niñas de los barrios por donde pasavan. Ivan con tanto concierto y con tan buen orden, que obligó a los de maior edad salir de sus casas con cirios en las manos y acompañarles y se formó una muy lucida y devota procesión.²⁷

²⁵ Gavaldá, § V.

²⁶ Gavaldá, § XIII; Arcayna, fol. 74 v. También sobre este impuesto véase *Cartas reales*, (1638-1646), A.M.V.

²⁷ Arcayna, fol. 71 r.-71 v. Acerca de las medidas del virrey y ayuntamiento sobre la peste, preparamos un estudio más amplio, limitándonos ahora a la actuación del clero.

En los primeros momentos —fines de septiembre y octubre— las procesiones recorrerán las calles y plazas de la ciudad. Las parroquias, las órdenes, las cofradías rivalizan por organizarlas, todos quieren estar en primer término en aquella explosión de fervor que busca aminorar el estrago de la peste... Algunos santos e imágenes se revelan como milagrosos, junto a otros que tradicionalmente ostentaban el patrocinio contra aquella calamidad. “En la Parroquia de San Nicolás una Imagen de la Virgen, rogando por los hombres a su Hijo, que está hiriendo al mundo por sus Ángeles con unas lanças y centellas de fuego, obró muchas maravillas. Desta misma figura hubo otra en la Seo. En el Convento de Predicadores, en el claustro, ay una Capilla que se intitula de la Virgen de misericordia, en la qual se ve la misma pintura que en la de San Nicolás, y en la Iglesia mayor; es antiquíssima la devoción desta Capilla...”²⁸

No consideramos oportuno reconstruir todas estas procesiones. Fueron muchas, es evidente; Arcayna nos describe con pormenor algunas de ellas: la organizada el 27 de septiembre por la compañía de Jesús, otra por la orden de la Merced —que llega hasta el Puig a tres leguas de la ciudad—, por el ayuntamiento al monasterio de San Gregorio, por la cofradía de la Sangre, por la parroquia de Santa Catalina, por la universidad, por el convento del Remedio, por las monjas dominicas de Santa María Magdalena, por la cofradía de pescadores... Aquellas procesiones sostenían la confianza de los atemorizados ciudadanos...²⁹ Al mismo tiempo, debieron conferir a la ciudad un clima de angustiada esperanza. La descripción de la procesión de los dominicos nos permite una aproximación al ambiente.

Para diez y nueve de Octubre, que fue día del Beato Padre Luis Bertrán, con público pregón, previno la Ciudad a los suyos para una Procesión general, aviendo pedido antes al Convento de Predicadores la honrara con el cuerpo de su santo hijo el Beato Luis Bertrán. En su día se vio en el Convento de Predicadores el mayor concurso de gente que tuvo desde su fundación. Por la mañana acudió el Cabildo con su Clerecía, y las doze Parroquias a officiar la Missa que cantó el Señor Arçobispo. Assistió a ella el señor Virrey, Ciudad, Diputación, con toda la nobleza de Valencia. Por la tarde salió Procesión general de nuestro Convento. Su Ilustríssima, mientras se disponfan las Comunidades entró en la sacristía y se descalçó para ir en la Procesión, cuyo exemplo en Prelado tan santo y de tantos años, movió a muchos de los del Cabildo a que le imitassen. Salió el santo Cuerpo de su casa a hombros de Canónigos y Maestros de la Religión, todos descalços. La buelta fue muy larga y yo no la diré por no serlo. Fue mucho el llanto que el santo Cuerpo movió en la Ciudad, y como todos asseguravan su salud en su intercessión, todos se la pedfan con muchas lágrimas.

²⁸ Gavaldá, § IIII.

²⁹ Arcayna, fols. 4-8.

Oíanse en las calles por donde passava solloços y gemidos, ecos de la mucha devoción que avía en los coraçones. Los Religiosos que llevavan y rodeavan las andas bañaron muchas vezes sus ojos con lágrimas de dolor y alegría; de dolor por el que sentían en sus próximos, de alegría, por la mucha que tenían viendo a su hermano con tanta devoción adorado y a su Religión y Casa honrada, en pago de la buena educación que dio a su hijo...³⁰

Durante su recorrido, una estrella fue vista por algunas personas desde el lugar de Benimaclet —a un par de kilómetros—, signo, sin duda, de la ayuda que habría de prestar el santo en aquella calamidad.

Es claro, que aquellas aglomeraciones habían de ser peligrosas para el contagio. Los médicos lo advierten y el arzobispo Aliaga prohíbe las procesiones. “En estos días en que se hazían tantas y tan devotas procesiones, la enfermedad de contagio se extendía por la Ciudad y morían muchos particularmente mugeres, niños y niñas, y dio ocasión a los médicos a dezir que la causa era por la comunicación de las personas, unos con otros en las procesiones, rigor de penitencias, cansancio de los niños y niñas que ivan en dichas procesiones. Advertido de esto el señor Arçobispo, quitó la licencia de hazerlas, mandando que sin expresa licencia suya no se hiziesen; y para satisfacer a la devoción del pueblo ordenó que en todas las parroquias e iglesias de Religiones estuviesse patente el Santíssimo...”³¹ A partir de este momento desaparecen las procesiones; sólo excepcionalmente, se autorizan para trasladar el santísimo a las morberías y alguna otra. El día 24 de noviembre se hizo una general,

muy devota y grande en todo. Ivan delante muchísimas doncellas grandes y pequeñas vestidas de blanco, parte cubiertos los rostros con velos y parte sueltos los cabellos de la cabeça, llevavan Christos en las manos y muchas de ellas a pie descalço, ivan cantando devotamente las letanías, invocando el favor de los Santos y a sus tiempos, con voz lastimosa clamavan: Misericordia! ¡Misericordia, Dios mío! Y a éstas seguían gran número de muchachos grandecitos y pequeños en la misma forma, y muchos penitentes con varios instrumentos de penitencia que movían a compasión a los que los miravan, seguíanse todos los oficios por su orden, con luzes en las manos, los Religiosos de todos los conventos de la Ciudad, los Clérigos de todas las parrochias y también por su orden, cantando todos con tono devoto las letanías, remataba la Seo con toda la Clerecía, beneficiados, Doctores, Pavordes, Canónigos y dignidades; iba en ella en último lugar el señor Arçobispo con su Cruz delante, asistido de dos Prebendados, después seguía el Señor Virrey, Jurados, Gobernador y otros ministros reales y de la Ciudad, y innumerable multitud de gente de todos estados, hombres y mugeres³²

³⁰ Gavaldá, § V.

³¹ Arcayna, fol. 9, 15, 28 v., 51 v., 55 v., etc.

³² Arcayna, fol. 52 r.

ASISTENCIA CLERICAL

El clero no sólo organizó procesiones y rezos. El arzobispo y algunos canónigos, el clero alto, participó activamente en la lucha contra la enfermedad desde la junta de sanidad. Hallamos a fray Isidoro Aliaga, el dominico arzobispo de Valencia, cerca del virrey y atento a cuantas medidas se tomaron desde las alturas del poder; a partir de 22 de noviembre de 1647 le vemos, junto a otros clérigos, en la junta de sanidad, cuyos fondos se custodiaron, no en la *Taula de canvi*, sino separados en la sacristía de la catedral. Estaba formada la junta: nombrados por la Ciudad, “don Juan Bautista Roig y el Dotor Miguel Moret, Abogados de la Sala; el Pavordre don Luis Crespi; el P. M. Fr. Gaspar Catalán de Monsonís; Luis Ignacio Royo y Gerónimo Ximénez. Por el de su Excelencia el señor Conde de Oropesa, don Antonio Juan de Centellas y don Cosme Gombau de la Real Audiencia; don Basilio Castelví, Gobernador de Valencia; don Juan Guerra, Capitán de la Guarda de su Excelencia. Y por el Cabildo don Francisco Fenollet, Canónigo. Acudieron siempre a la junta los Excelentísimos señores Virrey y Arçobispo de Valencia”.³³

Los sacerdotes y clérigos, regulares y seculares —el bajo clero— atendieron a los apestados por toda la ciudad. Ejercieron su ministerio en la confesión y consuelo de los moribundos y, al mismo tiempo, ayudaron en las necesidades materiales y en la prevención del contagio. Los relatos que poseemos provienen de las fuentes clericales tan repetidamente citadas, que glorifican constantemente su actuación. El famoso P. Nicremberg escribe a los jesuitas de Valencia una carta con fecha de 16 de octubre de 1647, en la que les anima a su labor y ensalza la muerte de los clérigos en tiempos de peste. Desde la lejanía de Madrid, decía: “embidia tengo a V.R. porque se ha hallado en Japón sin salir de Valencia. Dichoso es V.R. pues sin atravesar tantos mares, como el venerable P. Marcelo Mastrelli en busca de la Corona del martirio se halla V.R. en su casa ocasión de tan gran corona, dando la vida por Christo hecho olocausto de la charidad... en semejante ocasión que tiene V.R. entre las manos, muriendo por cuidar a los apestados, que para mí fuera una gran equivalencia de un riguroso martirio”. Y, algo más adelante seguía:

No sé qué tiene de fuerza este género de muerte, que es más voluntaria y por la maior de las virtudes que es la Charidad. En las persecuciones de la Fee es forzoso el morir o quedar enemigos de Dios, infame entre los hombres y condenado a los Infiernos por negar a su Redemptor. Mas los que voluntariamente, por salvar las almas de sus hermanos, ayudan a los Apestados y mueren en esta

³³ Gavaldá, § XII; Arcayna, 75 r.-75 v.

demanda es muy voluntario, y no por huir del pecado, sino por executar la más excelente virtud que es la Charidad y mostrarse finos con su Redemptor. Torno a dezir que en esto es muy dichoso V.R. pues de qualquier manera quedará con gran ganancia. Porque si muere en tan illustre empresa gozará de gran corona, y si vive la habrá merecido para ganar otra.³⁴

Algunos datos nos indican la actividad de los religiosos y de las parroquias, y nos deparan una visión de cuanto acontecía en las calles de Valencia. Las parroquias acudían al socorro de los enfermos antes y después de erigirse las enfermerías o morberías. Los electos de aquéllas iban por las casas de los apestados suministrando alimentos. La de San Martín gastó de los fondos de fábrica, cerca de 2.000 ducados, también recogió ropas y utensilios para la futura enfermería de Troya. San Juan del Mercado gastarí también mucho dinero, al montar dos enfermerías —las primeras— para sus feligreses. Pedían limosna y ropas, que tanto se necesitaba, para vestirlos, cambiarlos y aun, en último término, para hilas; cada parroquia nombró algunos clérigos —al frente su rector o párroco—, encargados de la asistencia espiritual; y en alguna, a que nos hemos podido asomar, en San Esteban, los servicios no faltaron en los entierros, ni los auxilios últimos a los moribundos, si lo podían pagar.³⁵

Las distintas órdenes, muy numerosas en Valencia, enviaron algunos de sus miembros por las plazas y calles de la ciudad para confesar y ayudar. Los jesuitas se distribuyeron las tareas, y designaron algunos padres y hermanos para la visita de enfermos. Los padres atendían a lo espiritual, mientras los hermanos les acompañaban y —al parecer— hacían las faenas más rudas. De alguno de ellos, del hermano Pedro Pérez, queda memoria “que no se contentava con acompañarle, sino que subía a los aposentos de los enfermos de contagio y tal vez les servía la comida y ayudava a levantarles de la cama, por no haver quien lo hiziese por miedo del contagio”.³⁶ Por consejo del arzobispo tomaban los clérigos precauciones: vestían sotanas de bocacín y manteo, se acompañaban de un seglar con báculo en la mano y un hacha apagada en la mano, que encendían al entrar para oír de confesión. Las situaciones penosas esmaltan los relatos de milagros y confesiones maravillosas. A veces para entrar la comida a aquellos desgraciados se valía un vecino de una caña para acercársela desde la puerta hasta la cama, “quando no avía vezino que

³⁴ Arcayna, fol. 41 v.-42 r.; también el martirio, Gavaldá, § VIII.

³⁵ Gavaldá, § XI y XXXVIII, así como los *Libros de Racional* de San Esteban y San Pedro, utilizados en nuestro trabajo “La demografía...”.

Asimismo se celebraban confesiones generales en algunos días festivos, como el de Todos los Santos, San Carlos Borromeo, Arcayna, fols. 42 r. y 43 r. s.

³⁶ Sobre la actuación de los jesuitas, Arcayna, fols. 12, 17-18, 38 r. y 27.

se compadeciera, porque ya el mal avía vaziado el barrio, o porque el amor de la vida no dava lugar a la caridad moría el enfermo, pereciendo sin tener quien le diera un vaso de agua”.³⁷ La falta de espacio en el hospital daba lugar a frecuentes rechazos de moribundos que morían en la calle porque sus casas habían sido cerradas. Los muertos llegaron a permanecer durante varios días en las calles, en sus casas e incluso en las capillas de las iglesias, “De una casa sacavan un cuerpo difunto, atado de un pie con una sogá, tirándola de lexos algunos hombres, arrastrándole por tierra, maravillose —el “padre Bonilla”— y le dixerón que lo hazían assí por el grande edor que exalava, porque ya havía días que estava muerto”.³⁸

No faltan igualmente, narraciones de hechos milagrosos que alternan con las situaciones de horror: ya nos hemos referido a aquella doncella que enferma de contagio, es enviada por sus amos al hospital, y no admitiéndola en éste permaneció en el patio hasta que un médico la reconoció y dictaminó que estaba sana; y la que salió de casa “flaca y descolorida, con calentura y muy debilitada, bolvió de buen color, sin calentura y con fuerças enteras, con maravilla de sus propios amos, y como la dicha donçella era muy devota del Ángel de la guarda, y le hazía cada día oración, atribuyeron haber recibido dicho favor de Dios por intercesión de dicho Ángel”.³⁹ A las invocaciones a San Ignacio de Loyola y otros santos, se atribuyen curaciones milagrosas. Una niña, cuenta también Arcayna, mordida por la landre, fue dada por muerta por sus familiares. Pero, según éstos, volvió a la vida tras haber hablado con la Virgen.

ENTERRAMIENTOS EN LAS IGLESIAS Y CEMENTERIOS

La muerte era muy rápida, se producía usualmente en menos de una semana. Su celeridad y dolor se pueden apreciar en las entradas y fallecimientos del hospital general o, mejor, en cualquier caso de los recogidos por los clérigos. El hermano jesuita Pérez enferma y muere.

...se le apegó el mal y le disimuló un par de días, llevándole en pie aunque sentía algunos desmayos y grande flaqueza. Esto le obligó a declarar su mal y rendirse a la cama. Señalósele aposento aparte en las casas viejas, el más cómodo que en ellas avía, el que está cerca de la Congregación de los Cavalleros, y por enfermero al Hermano Jayme Doménech, el qual admitió dicho

³⁷ Gavaldá, § XXII. Existen dos bandos de virrey de 28 de noviembre y 17 de diciembre de 1647 acerca de las enfermerías y remedios del contagio, que pueden verse en el Colegio del Corpus Christi.

³⁸ Arcayna, fol. 43 r.

³⁹ Arcayna, fol. 32; los casos a continuación en 55 v. y 70 v.

empleo con mucho gusto y le ejerció con notable caridad. Duróle la enfermedad cinco días, y recibidos todos los Sacramentos, murió a nueve de Octubre.⁴⁰

En un principio se mantuvo el sistema de enterramiento usual en la Valencia de la época. Las parroquias recogían en féretros a los fallecidos y eran enterrados en las iglesias, dentro de su recinto los que podían pagarlo —los más ricos en sepulturas propias en las parroquias y conventos—, los pobres en los cementerios o *fossares* que estaban junto a las parroquias. Los sacerdotes acompañaban los entierros, en mayor número según las posibilidades del difunto, llegando incluso a más de 70 clérigos en algunos de la parroquia de San Pedro, situada en la catedral.

Cuando se intensifica el morbo se muestra insuficiente este sistema. El recinto de las iglesias se llena hasta el extremo de hacer imposible seguir utilizando sus sepulturas, tanto las particulares, como aquellas comunes distinguidas en donde se enterraban niños, en el *vas dels angels*, o bien clérigos, en el *vas del clero* o, en el *vas de les animes*. Un dantesco texto de Arcayna nos describe aquella realidad:

A quince de octubre, que predicó el padre Juan Agustín de Palacio en la parroquia de Santa Catarina Mártir, advirtió que había muchos cuerpos muertos retirados por las capillas, sin enterrar por dicha causa. Exalavan las sepulturas, aunque cubiertas, malísimo olor y estaban las puertas de la Iglesia habiertas de día y de noche, regávanlas por la mañana con vinagre y todo esto no bastava para que no diese mucha pena el hedor que en ella había. Esto obligó a no enterrar más dentro de las parrochias y a enterrar los difuntos en los cimiterios que están dentro de la Ciudad, en los cuales abrían sepulturas hondas y en ellas enterravan los cuepos difuntos, y aunque les embolvían con cal y les apisonavan, como eran tantos los cuerpos que se enterravan en dichos cimiterios y se corrompían presto, era también el edor muy grande que de ellos salía, y faltava también lugar para enterrar tantos como morían.⁴¹

Las dificultades de recogida y entierro iban en aumento. “Proveyó la Ciudad a las Parroquias de unos carros, los cuales ivan recogiendo por las calles los cuerpos que por las ventanas descolgavan, embueltos algunos con una sávana y otros aun sin ésta. No se hallava quien quisiera enterrarles, quanto más amortajarles. Para este oficio y para guiar los carros, se valió la Ciudad de algunos esclavos que compró, y no bastando esto, se ayudó de algunos encarcelados, remitiéndoles la cárcel o sentencia por el servicio. Atemorizava por las calles el ruido y rechinar

⁴⁰ Arcayna, fols. 12-13.

⁴¹ Arcayna, fol. 35, la situación fue especialmente penosa en San Juan, 37. Para la descripción de los enterramientos nos han sido de gran utilidad los *Libros de Racional* de San Esteban y San Pedro.

de los carros de los difuntos, al qual por particular todos le conocían y le temían todos viéndole cargado de los que pocas horas antes habían visto buenos.”⁴² Otros carros conducían a los enfermos hacia las morberías y —para ensombrear más las calles— los cortejos de clérigos acompañaban a los entierros, sin cesar a lo largo de aquellos meses. Ocasiones hubo en que se dio por muerto a quien no lo estaba. “Se dezía, que con la prisa de sacar los cuerpos difuntos de las casas, sacavan algunos dellas aun viviendo, hallándoles al parecer muertos. Y un caso particular que sucedió mostró tener algún fundamento dicha sospecha; porque llevando cierto charrión muchos cuerpos difuntos para enterrar, uno de los que ivan en él, bolvió en sí pasado el desmayo y se levantó, abrió los ojos, advirtió el puesto en que estava, dio voces, oyólas un moro esclavo que llevaba el carrión, y buuelto al que las dava le dixo: ‘Hablado has, esso te vale’. Y baxándole del charrión le dexó en la calle.”⁴³

Tantos fueron los muertos, que se llenaron los cementerios de la ciudad. Para evitar las infecciones provenientes de aquellos lugares se juzgó oportuno enladrillarlos con cierta pendiente, para que las aguas de lluvia, en su caso, discurrieran libremente. Especialmente San Juan del Mercado se hallaba atestado y con evidente riesgo de infección. Por este motivo, fue necesario la prohibición de entierros dentro de los muros de la ciudad. Se habilitó un terreno perteneciente al conde de Parcent, que se hallaba situado al sur de la ciudad, cerca del hospital general, saliendo por la puerta de los Inocentes. Los cadáveres eran conducidos en carros y de lejos les acompañaban algunos clérigos, puesto que durante toda la peste no dejaron de enterrar cristianamente a quienes podían pagarlo. En algunos asientos parroquiales podemos leer que a partir de la última decena de octubre los clérigos acompañaban a los difuntos hasta el portal *dels Inocents* o hasta los cementerios de los conventos exteriores. Por ejemplo, en 5 de noviembre un canónigo de la catedral “fon depositat en lo Convent de les monjes de Jerusalem per la occurrència dels temps,” o el día 15 un ciudadano es acompañado por excepción “fora el portal dels Inocents”. El día 22 de octubre todavía se obtiene licencia del vicario general para enterrar a un canónigo en la catedral con acompañamiento de cerca de 80 clérigos. Las gentes más afortunadas, que poseían sepulturas propias en los conventos de fuera de la ciudad, se libraron del destino que aguardaba a sus restos en aquel cementerio común. Según la descripción que Gavaldá hace del cementerio general:

Abrieron unas azequias que tiravan por lo largo casi todo lo que dezía el campo, de ancho tenía diez y ocho pies y de hondo un estado de hombre; a la una

⁴² Gavaldá, § IV.

⁴³ Arcayna, fol. 36.

parte de las acequias avían unos montones de la tierra que se avía sacado dellas y a la otra mucha cal, para ir echando, assí desta como de aquella sobre los cuerpos que enterravan.⁴⁴

La puerta del cementerio general debía coronarse con esta lápida:

Siste gradum tibi hic praecluditur
 Quidnon moritura moriturus cogitas?
 En Viginti millia ferme hominum periere
 dira contagio lue anno 1647
 Quorum magna pars hoc Coemeterio includitur
 Aere publico empto agro,
 Mortalitis memor immortalem pro
 mortuis deprecare, sitque tibi monu-
 mentum, omnis hora ultima, om-
 nis prima.⁴⁵

LAS MORBERÍAS O LA SOLUCIÓN HOSPITALARIA

El mecanismo fundamental para remediar el morbo, fue, sin duda, el establecimiento de lazaretos o morberías a donde trasladar y cuidar a los apestados. Daniel Defoe, en su novela sobre la peste de Londres de 1665, nos cuenta cómo se prevenía el contagio aislando a las personas en sus casas, cerrándolas y poniendo vigilantes en sus puertas. Valencia utiliza un sistema más humanitario y más seguro, mediante la creación de estos establecimientos extramuros de la ciudad, donde son recogidos los enfermos y atendidos por los clérigos; sólo por excepción se autorizaba tapiar las casas de los que no obedecían las órdenes. Fueron obra del virrey, arzobispo y ciudad, contando con la cooperación de los clérigos de las distintas órdenes y los fondos arbitrados al efecto.⁴⁶

En los comienzos las gentes morían en sus casas o acudían al hospital general de Valencia, a pesar de que éste no debía recibirlos por evitar mayor contagio. Sin embargo, el hospital se llenaría pronto, y como no daba abasto a socorrer a tantos, fueron abiertas las morberías.⁴⁷ Hacia

⁴⁴ Gavaldá, § XIII; también Arcayna, fols. 35-37. Los datos anteriores en el *Libro de Racional* de la parroquia de San Pedro, 1647 Archivo de la catedral de Valencia. También Gavaldá, § XIII; Arcayna, fols. 35-37.

⁴⁵ La lápida, en M. A. de Orellana, *Valencia antigua y moderna*, 3 vols. Valencia, 1923-1924, I, págs. 390-391, transcribe otra, pues vio el borrador de dos, de las que se debía elegir.

⁴⁶ Gavaldá, § VII; Arcayna, 60 r.

⁴⁷ Arcayna, fols. 15, 32, 37, 42 v., 43 r.; Gavaldá, § XXXVIII. Acerca del hospital nos hemos ocupado en nuestro trabajo "La demografía...".

la segunda mitad de octubre, cuando arrecia la peste, empiezan a funcionar: primero Arrancapinos, establecida por la parroquia de los santos Juanes a su costa inicialmente, después las otras. Se distribuían por parroquias y las distintas órdenes se hacían cargo de su administración y funcionamiento. Al frente de ellas fue nombrado Luis Ignacio Royo, caballero generoso que atendía a la administración...⁴⁸ Durarían hasta fines de año e inicios de 1648, quedando sólo abierta una de ellas, la de Troya, hasta finales de febrero.⁴⁹

La forma de distribución era, al parecer, la siguiente:

...la casa de Troya en el arraval de San Vicente, que es de los Condes del Casal, para la parroquia de San Martín. La de Arrancapinos, de don Francisco Milán y don Diego Sans, para la de San Juan. La del Marqués de Quirrá en la calle de Mulviedro, para San Estevan. El Huerto de Arguedes, que está al portal de la Corona para Santa Catalina Mártir, Santa Cruz y San Miguel. La Casa del Duque de Maqueda, que está en Patraix, para las demás Parroquias...⁵⁰

Cada una de ellas fue atendida por una o más órdenes religiosas. Troya lo fue por los dominicos; franciscanos y jesuitas atendieron en Arguedes, mientras los carmelitas observantes se dedicaron a la de Patraix; los padres descalzos de San Juan de la Ribera —los carmelitas descalzos—, los mínimos de San Sebastián y los trinitarios se ocuparon de Arrancapinos y, por último, los capuchinos de Murviedro.⁵¹ No sólo se ocuparon de lo espiritual, sino, al mismo tiempo, de la administración de aquellas casas.

Naturalmente los miembros de las clases altas no acudían a las morberías. Muchos habían huido, otros morirán en sus casas cuando su situación sea un tanto acomodada. El mismo Gavaldá hace notar estas diferencias, al decir: “Entiendo que esta resolución de sacar los heridos fuera Ciudad es muy necesaria, y la más importante para atajar un contagio, por lo qual se deve executar sin diferencia alguna de personas plebeya, noble o eclesiástica. Y aunque para algunos no parezca lugar conveniente a su calidad o estado la curación de una enfermería común, deve la Ciudad y más siendo gente de hazienda obligarles a que busquen o deputerles algunas casas de campo para su curación, guardando indispensablemente sacar de sus muros los contagiosos. Lo mismo sienta se deve guardar con los Religiosos: y aunque sea fácil en Conventos grandes deputer un quarto

⁴⁸ Arcayna, fols. 22-23, 75 r.; Gavaldá, § IX.

⁴⁹ Arcayna, fol. 66 r.; Gavaldá, § XXVIII.

⁵⁰ Gavaldá, § VII, sin embargo se admiten de otras parroquias, § XVI. Acerca de esta distribución y las discrepancias con Arcayna en nuestro trabajo “La demografía...”, nota 14.

⁵¹ Gavaldá, § VIII y XXXIII.

para los heridos, no lo será evitar la comunicación del aire tan próximo ni menos el trato con los que le sirven".⁵² A pesar de ello, vemos que Gavaldá nos descubre la existencia de una casa especial para los familiares del arzobispo; y Arcayna, cuando describe las enfermedades de los jesuitas —incluso de los hermanos— deja claro que los atendieron en la casa profesa y, más adelante, en una *Domus salutis*, cercana a Arguedes, en donde vivían los encargados de aquella morbería.⁵³

Poseemos tan sólo datos del funcionamiento de Troya y —en menor medida— de Arguedes. Basándonos en el relato de Gavaldá es posible imaginar el cuidado de los enfermos, si bien al tratarse de una narración apologetica refleja más el ideal que la realidad que allí existía, sin duda más triste... Algún texto distinto describe aquella situación: "La misma tarde en que se colloquó el Sanctísimo en dicha morbería —se refiere a Arguedes— fue el Padre Viceprepósito a visitarla, y al salir por la puerta de Quarte halló de buelta dicha procesión y gran multitud de gente de todos estados, que havía concurrido a verla, y vio que a los lados del camino y a la puerta de la casa de la morbería havía muchos enfermos de contagio tendidos en el suelo, y entrando en el patio de la casa, halló que el Padre Fray Vicente Vidal, religioso de San Francisco estava oyendo de confesión a los enfermos que en él havía de contagio...".⁵⁴

En el orden espiritual la actuación de los dominicos se desarrollaba así: "Si acaso el mal no les traía enagenados o con vómitos, accidente que muchos le padecían, la primera acción era exortarles a una buena confesión, dándoles tiempo, si acaso no la tenían dispuesta, para el examen; hecho éste, les confessávamos e inmediatamente les dávamos los dos Sacramentos, el de la Eucaristía, acompañado siempre con algunas achas y campanillas y un Religioso o servicial con un vaso de agua para ayudar a entrar la forma; el de la Extramaunción le dávamos a los principios con una varilla de plata, después perdido el horror ya se dava con los dedos. Dávanse los primeros días los Sacramentos en la calle, después, por mayor decencia, pareció darlas dentro de las puertas de Troya.

A los principios gastávamos algunas razones para que no se pasmaran y la imaginación les matara quando se veían muchos dellos venir por sus pies, con fuerças y de buen color, y que luego les davan la Extramaunción, Sacramento proprio de moribundos; pero después de manera perdieron el miedo, que antes de dezirles palabra, ellos se des-

⁵² Gavaldá, § VIII.

⁵³ Gavaldá, VIII, sobre cómo se preserva una señora § XIX; Arcayna, fols. 40 v. y 42 v.; acerca de la muerte de jesuitas véanse las referencias de la nota 68.

⁵⁴ Arcayna, fol. 24.

calçavan...".⁵⁵ A continuación eran anotados en un libro, después de reconocidos por el cirujano, con los datos de nombre, calle y estado. Se les ataba una cédula en la muñeca para identificarlos si muriesen.

Durante la estancia, dado que la primera confesión no les parecía fiable, se les visita y se les predica mañana y tarde. "Después de aver tratado yo este punto, me llamó una que avía recibido todos los Sacramentos, y me dixo que ocho años avía que callava un pecado..."⁵⁶ Antes de anochecer rezaban el rosario y de nuevo se les exhortaba al arrepentimiento... Gavaldá nos describe con cuidado los remedios y dieta que seguían en las morberías:

Convinieron todos que era importante guardar orden en la comida, poca y buena, beber frío, guardarse de qualquier agitación no acostumbrada o que pudiese rebolver los humores, que se devían excusar las sangrías en los sanos, a no pedir las una grave necesidad; además destos, avía otros particulares más o menos válidos, según la autoridad del médico que les aconsejaba. Unos tomavan por la mañana una nuez, unos tallos de ruda y un higo seco, y todo junto lo comían; otros llevavan sobre el corazón pegada a la camisa una tortilla de arsénico cristalino; otros tomavan a tercer día teriaca [triac] magna; otros polvos de granos de yedra, secados a la sombra, rebueltos con vino blanco; las bolillas de enebro, confeccionadas con especias aromáticas para el olfato rodavan mucho. Apenas quedó ruda en los montes, porque con ésta y su agua, muchos se defendían.⁵⁷

También los clérigos, dentro de las enfermerías, tomaban sus precauciones: "No traíamos cosa de lana, sino sólo un escapulario de un palmo, calçones y medias de bocarán, una túnica de lo mismo, con su capilla, poco cabello en la cabeça y ésta cubierta con un bonetillo. Quando confessávamos los heridos una antorcha encendida entre la cara del herido y la nuestra; nunca de frente a frente, sino a un lado, para guardarnos del aire. Quando entrávamos en las quadras, la antorcha en la mano y un servicial delante con una sartén de fuego, echándole incienso y espliego. Al salir, si acaso avía sido la jornada larga o nos sentíamos abochornados, nos lavávamos las sienes con vinagre hervido con incienso y romero; con esto, y con la ayuda de Dios, que es el más seguro remedio, fuimos los más bien librados de todas las enfermerías".⁵⁸

Se dividía la enfermería en dos zonas. Los bajos y entresuelos eran ocupados por los hombres, mientras que los altos lo eran por las mujeres; seis hombres atendían a aquéllos en sus necesidades y enfermedad,

⁵⁵ Gavaldá, § XVII.

⁵⁶ Gavaldá, § XVIII.

⁵⁷ Gavaldá, § XIX.

⁵⁸ Gavaldá, § XIX.

y siete servicialas a las mujeres, en los momentos de mayor rigor. Se les pagaba cinco o seis reales al comienzo, pero por la falta de trabajo que había en Valencia, se llegaron a pagar dos reales y tres sueldos, más media libra de carnero, medio azumbre de vino y cinco panes. La separación era absoluta entre ambos sexos; se cerraban bajo llave por la noche la parte superior, quedando en la torre las criadas. Ninguno de los ayudantes podía salir sin licencia, y si salían sin ésta, se les castigaba en el cepo. También se procuraba su confesión, por el peligro que corrían, y se les permitía alguna “honesto diversión”. Cada mañana entraba uno a limpiar las bacinillas, después dos barrían y regaban las habitaciones con agua y vinagre, y en unos braseros que había a trechos echaban romero, incienso y espliego. Arreglaban las camas, dejando todo en orden para la visita del médico, Vicente Tordera, catedrático de la universidad, quien dedicaba dos o tres horas por la mañana y otras tantas por la tarde; el practicante anotaba las recetas para su cumplimiento. Un cirujano, Jaime López, sajava los bubones y hacía las sangrías oportunas.⁵⁹ A las once se les daba de comer. “Salía la comida de la cocina en un cuso con fuego, y en él regularmente ivan tres caçuelas, la una con carne de la olla, en la otra algunas gallinas y en la última algo de picadillo, repartíase esto entre los enfermos según su necesidad y inapetencia; el pan se les daba a pedazitos, porque no se desperdiciasse tocándole ellos y no acabándole de comer”.⁶⁰ A todo asistían los clérigos.

La limpieza se cuida con todo rigor: se lavan los suelos, se recogen las vendas en las curas, se vacían los colchones de paja y se lava la tela cuando mueren. Gavaldá narra cómo aprovecharon de las convalecientes que se encontraban en otra casa cercana, “grangeándolas con darlas a merendar o con llevarlas a pasear por aquellos campos, las hacíamos lavar montes de ropa; algo se avía de conseguir con maña y no todo a fuerça de dinero”.⁶¹

Cuando salían de las morberías o del hospital general, los sanados iban a casas de convalecencia que había señalado la ciudad a este fin: para hombres la casa pública, que se llamó la casa de la Cruz, que corría a cargo del lugarteniente de justicia criminal. Para mujeres, dos, la mencionada de Troya, a cargo de predicadores, y otra en una habitación del hospital general.⁶² En Troya llegaron a reunirse, en los momentos más

⁵⁹ Gavaldá, § XX y XXI.

⁶⁰ Gavaldá, § XXI, en donde se describen los fraudes de la cocina de la enfermería.

⁶¹ Gavaldá, § XXII.

⁶² No parece probable la existencia de esta última, ya que los convalecientes del hospital van a Troya, según el *Llibre rebedor de pobres y malats de 1647*, en el archivo del hospital de Valencia.

duros de la peste, hasta unas 350 mujeres. Según Gavaldá, se procuró por ellas, evitando que se pervirtieran, dado su distinta condición y calidad. Se les facilitaba ropa —un jubón, una basquiña, toca y alparagatas, una muda a los veinte días— y se las alimentaba a cargo del común —diez dineros de ración, escudilla y postre—, durante algún tiempo hasta que —previo certificado— podían reintegrarse a su vida. Muchas, que se habían quedado sin acomodo, eran colocadas en el hospicio de los niños de San Vicente y, más tarde, se les ponía a trabajar como mujeres de servicio.⁶³

Incluso se inició la construcción de mejores instalaciones sanitarias, con el miedo de que la onda pestífera recurriera en sucesivos años. Se construyeron unas barracas en Monteolivete, fuera de las murallas, tal como se hiciera un siglo antes, en la peste de 1557, de que todavía quedaban restos. Parece que las nuevas construcciones fueron “veinte y dos barracas que tuviessen de ancho treinta palmos, de largo ciento y de alto treinta. Executóse esto con grandísima puntualidad, y en muy breves días vimos acabada una grandísima obra; Dios nos hizo merced no las huviessemos menester, porque no bolvió a repetir el mal, muerto una vez”.⁶⁴ No es seguro, a pesar de estas afirmaciones, que la obra se realizase por completo, ya que tenía muchos inconvenientes. Se consideraba peligrosa su construcción con materiales inflamables, por el gran uso que del fuego se hacía como preservativo de la peste, también por su escasa ventilación —Arcayna considera que demasiado frío—, excesivo coste, difícil control por ser abierto el lugar, facilidad de infección porque los enfermos, ante el frío, se cubrirían de paja, o el excesivo calor les precipitaría a beber de las acequias contiguas... Parece que los clérigos regulares no veían con buenos ojos aquel proyecto, cuya administración se les escaparía de las manos.

MUERTES DE CLÉRIGOS. PROBLEMAS EN LA SUCESIÓN DEL ARZOBISPADO

Más que su número, tratamos de precisar las concretas muertes con que los clérigos pagaron su actividad durante aquellos días de peste. No hay una desbandada general, como en Orihuela meses después; el clero, en conjunto, permaneció en la ciudad de Valencia para atender a sus habitantes. Las cifras de muertos son bien conocidas a través de las estimaciones de Gavaldá y Arcayna, en lo referente al clero regular:

⁶³ Gavaldá, § XXIII, si alguno se asomaba se le imponían penas de tres años de galeras; para conservar la disciplina interna de las sirvientas se utilizaba también el cepo, por lo demás, se les atiende espiritualmente con misa y comunión.

⁶⁴ Gavaldá, § XXIII; Arcayna, fol. 40 v.

296 da el primero y 270 el jesuita. Por lo que se refiere al clero secular resulta difícil determinar el número de fallecimientos, pues están contabilizados en los totales de parroquias y, tan sólo a través de los archivos de defunciones que existen se pueden determinar los de San Esteban y los de San Pedro.⁶⁵

Los autores que nos sirven de guía en este estudio, proporcionan datos de indudable interés, cada uno de sus correligionarios; pero Gavaldá también se extiende acerca de otros, incluso del clero de las parroquias. La relación de Gavaldá en este punto debe tomarse con reservas y no permite conclusiones muy estrictas. Parece que la mayoría de los párrocos se ocuparon directamente de la atención de los enfermos, ayudados por otros clérigos. De las listas que nos da, se deducen muertes del 32 por ciento de aquellos clérigos que se ocuparon más directamente. Tasa ciertamente reducida, si atendemos a la tasa de mortalidad de la peste en Valencia que oscila entre 26 y el 33 por ciento. Algunos cálculos acerca de la tasa de mortalidad de los regulares que servían en las enfermerías nos muestran que murieron en mayor proporción, con tasa de mortalidad del 40 por ciento. Se percibe que los legos, menor su número, mueren más, sin duda por su actividad más en contacto con los enfermos. Los capuchinos, encargados de la enfermería de Murviedro, fueron los más duramente alcanzados por el morbo; Gavaldá atribuye a sus hábitos de lana aquella gran facilidad para el contagio...⁶⁶

De dominicos y jesuitas poseemos mejores datos acerca de sus fallecimientos. La comunidad de los predicadores es numerosa —según Gavaldá— y fue la menos afectada. En el convento murieron un padre y siete hermanos, en Troya otro padre y dos hermanos; habían ido a aquella enfermería 9 padres y tres hermanos. El dominico atribuye la escasa mortalidad al milagroso cuerpo de San Luis Beltrán. “Y para que esta maravilla más se realce, adviértase que no hubo cobardes ni fugitivos en Predicadores, fueron nueve a un Hospital, y después destos, tres más; por la ciudad ivan muchos pares confessando y en el Convento todos igualmente se empleaban en lo mismo. Huvo un Religioso que compadeciéndose de ver no hubiesse quien quisiera amortajar los difuntos, se dio a esta obra, amortajando muchos por la Ciudad, y Dios

⁶⁵ Nos remitimos a nuestro trabajo “La demografía...” para los cálculos sobre muertes de clérigos, basados en estas fuentes. Sobre la huida de clérigos en Orihuela, L. García Ballester, J. M.^a Mayer Benítez, “Aproximación a la historia de la peste de Orihuela de 1648” *Medicina española*, LXV (1971), 317-331.

⁶⁶ Nos basamos en los datos de Gavaldá, § XXXVIII, si bien somos conscientes de la escasa significación —por el exiguo número de padres y hermanos— de estas tasas; sobre las tasas de mortalidad de la peste, remitimos de nuevo a “La demografía...”.

le premió, llevándosele. Entre tanto fuego que tan desmedido ardía, nos hizo Dios los más bien medrados, favor que le reconocemos, agradecidos a la intercesión de nuestro B. Padre.”⁶⁷

Las muertes y número de los jesuitas se describen con mayor detalle; por ello, se puede reconstruir mejor el estrago de la enfermedad entre ellos. Arcayna anota amorosamente sus vidas, el curso de la enfermedad y la muerte... No en vano se considera mártires —Gavaldá cita a Eusebio, Baronio...— a quienes mueren en el cuidado de enfermos, en la peste. En la casa profesa de la Compañía había unos trece padres —otros se encontraban con el virrey, su familia, etc.— y unos 20 hermanos, si bien su número es más difícil de calcular, pues si se mencionan, es de pasada, no en reuniones como los padres. De ellos murieron tres padres y siete hermanos —más un criado—, e incluso pudo ser que algún hermano más...⁶⁸ Quizá debamos resaltar, por su gran actividad al frente de la enfermería de Arguedes⁶⁹ la muerte del P. Francisco Carbonell, valenciano, que había servido en el ejército real durante la guerra del Rosellón y en diversas ciudades, y se vino a Valencia en el momento de la peste; se hace cargo de la morbería casi desde los primeros momentos y fue el último jesuita que murió del contagio. Su buena administración en Arguedes, hizo que se solicitaran sus servicios por el hospital general.

A veynte y quatro [de noviembre de 1647] amaneció el P. Francisco Carbonel con calentura, que le obligó a retirarse a su aposento y hazer cama. Luego que lo supo el P. Vicepreósito embió un Padre a visitarle, y a veynte y cinco, habiendo el día antes declarádose ser su mal de contagio, se halló mejor de lo que havía estado la noche antes, con lo qual se defirió el embiar Padre que le substituyera, como lo havía determinado de hazer si continuara la enfermedad con la malicia que había empeçado... ..

A veynte y seys embió otro Padre para el mismo efecto el P. Vicepreósito, que estava cuydadoso del suceso de la enfermedad del P. Carbonel, para señalar dejar de señalar Padre que le substituyera, según fuera la necesidad... ..

⁶⁷ Gavaldá, VI, XXXIII y XIV.

⁶⁸ Sobre quiénes fueron aquellos jesuitas, Arcayna, fols. 17-18, 37, 39 v. sobre los padres, los nombres de los hermanos por todo el manuscrito; sobre las muertes, fols. 11, 12, 27, 28, 31-32, 37 v. enfermo que no muere, 38 v., 44 r., 45 r., 52 v.; muerte de Carbonell y Pinterino 42 r., 43 v., 46 r., 47 v., 51 v.-52 v., 54 v.

⁶⁹ En la enfermería de Arguedes hay también franciscanos, la muerte de alguno en Arcayna, fol. 45 r. Los únicos padres jesuitas son Carbonell y Sanz, este último enferma, pero no muere, fol. 54 v.

A veynte y siete la noche precedera la tuvo buena el P. Carbonel, amaneció con menos calentura, el Hno. Juan Morán escribió el P. Viceprepósito que no había necesidad de embiarle Padre que substituiera, y poco después le escribió que se le había retirado la landre y aumentado mucho la calentura, y crecía con el mesmo día y a las diez horas antes de medio día, vino uno de los sirvientes de la morbería demudado el color y entresudado y dixo al P. Prepósito que al punto fuera el Padre Alexandro Bonilla a reconciliar al P. Carbonel que se estava muriendo. Dicho Padre estava fuera de casa, confesando los enfermos de contagio, hallóse allí el P. Joseph Marçal, que iba a revestirse para salir a dezir misa, y le ordenó el P. Viceprepósito que al punto fuera a consolar al P. Carbonel y dio orden que se buscara a toda prisa por la ciudad al P. Bonilla y fuera para lo mesmo a la morbería, y los dos dichos Padres llegaron a tiempo; reconcilióse el P. Carbonel con el P. Bonilla y ambos le ayudaron a bien morir, estando hasta los últimos alientos con entero juicio, con advertencia que por puntos se le acabava la vida por las grandes congoxas y bascas que sentía en su corazón, ocasionadas del humor venenoso que a él se retirava. Murió con grande resignación en la voluntad de Dios, y singular agradecimiento por la buena suerte que le cabía de haver perdido la salud, y dava en lo mejor de su edad en servicio de los apestados de aquella morbería, pidió se enterrara su cuerpo en la sepultura común de los demás difuntos, deseando ser enterrado en compañía de sus hermanos que assí llamava a los que morirían de contagio y eran enterrados en el lugar señalado por la ciudad.⁷⁰

Cuando llegaba a su fin aquel año 1647, la peste disminuía en Valencia ciudad. El dominico fray Isidoro Aliaga, arzobispo a la sazón y figura importante en aquellos acontecimientos, moría a los 82 años el día 2 de enero, tras una enfermedad no larga y propia de su avanzada edad.

Desde el día que recibió el Viático, sólo trató de las cosas tocantes a su partida: hízose traer el Ceremonial Romano y personalmente leyó las rúbricas que tratan de la muerte y entierro de los Obispos
 dixo como avían de poner su cuerpo ya difunto en el salón de Palacio y el orden que avía de guardarse en celebrar las Missas. Y porque si alguno llegaba a besar sus manos (como lo dispone el Ceremonial) quiso que se las lavassen porque assí estuviessen más decentes. Advirtió a los que le assistían que quando le ayudassen a bien morir no le diessen voces, sí que sólo de quando en quando entre el nombre de Jesús y de María le entremezclassen algún lugar de Escritura y esto con mucha pausa, para que él lo pudiesse premeditar ...

Hazía que algunos de los músicos de la Iglesia mayor le cantassen a una voz la devotíssima prosa de los difuntos, también alguna de las lamentaciones de

⁷⁰ Arcayna, fols. 51 v.-53 r.

leremías, y al Maestro fray Francisco Crespí le dixo que le cantara aquel dulce y tierno hymno que cantamos en las Completas en tiempo de Quaresma *Christe, qui lux est, et dies*. Servíale la letra de lición para la meditación y lo dulce y devoto del tono a quien se rinden los afectos del ánimo, movía los suyos, fervorizando su voluntad en el amor de Dios y deteniendo su entendimiento en la contemplación del sumo bien. En este empleo de profunda meditación halló la muerte a nuestro Arçobispo, la qual él miró tan sin mudarse, que obligó a un grave personaje docto y religioso que le assistía a dezir: Parece (según la quietud de su ánimo) que este señor no muere personalmente, sino por procurador. Muerte propia de predestinados...⁷¹

Realmente Aliaga procuró con sus rentas ayudar en aquel difícil trance. Gavaldá sigue diciendo que los pobres le lloraron por haber perdido con él 20.000 ducados de renta que tenían seguros. Y aunque sea apoloético, parece que de sus propios bienes había dado mucho por razón de la peste; incluso había endeudado la mitra en más de 40.000 ducados.⁷²

Al producirse aquella muerte en los momentos de la peste, la sucesión de la vacante presentará dificultades. Los personajes más influyentes de la ciudad y del reino pretenden un arzobispo valenciano. La razón principal es su deseo de que las rentas de la mitra se conserven en Valencia y ayuden a combatir los estragos del contagio. Por lo demás, aquel deseo se había expresado ya en cortes de 1645 y era una constante en la historia de Valencia. En algunas reuniones del estamento nobiliario se reflejan estos y otros argumentos y se intentan diversas acciones para lograr el objetivo. Temen el absentismo del obispo, quien, siendo de fuera, cabría se limitara a enviar un vicario general, que no podría conocer ni solucionar los problemas existentes. Escriben al rey para que nombre persona cuya presencia en la ciudad sea segura y, asimismo, envían seis representantes para que insistan ante el virrey acerca de la sucesión; si hubiera hecho terna de personas extranjeras que la revoque y proponga clérigos de la ciudad. En la carta al rey, insistían en estos argumentos, porque, vacante la sede, “a temps que ha vengut a fer la falta qu'es inferix de aver restat privada esta Ciutat dels grans beneficis y almoynes ab que subvenia los gastos ocasionats del contagi”.⁷³ Asimismo expresaban su temor de que el nuevo nombrado no viniera a causa del peligro que significaba la peste, que podía reintensificarse.

⁷¹ Gavaldá, § XXVI.

⁷² Gavaldá, § XXVI; Arcayna, fols. 62 v. s., hay defecto de numeración, pues falta un folio. Acerca de Aliaga, E. Olmos y Canalda, *Los prelados valentinos*, Madrid, 1949, págs. 192-197; obra hagiográfica, de escaso valor científico.

⁷³ A. G. R. V. Real Cancillería, Cortes por estamentos, leg. 540, f. 4 r., f. 2 r. acompañaba otra al conde duque, que ya había muerto.

Escribieron también a don Luis de Haro y a don José Sanz que era el vicario general, encargado de la sede vacante. Pretenden que se proponga a Crespí de Borja y a don José Aliaga. Cuando el rey les conteste que ya está hecha la provisión, insistirán de nuevo, recordando su promesa en las cortes de 1645, y también se dirigen a otros grandes personajes. En algún momento, parece que están buscando fundamentos en los fueros y privilegios para preparar el contrafuero en su caso.

El virrey y la ciudad propusieron a don Luis Crespí de Borja de la familia de los Crespí de Valdaura, hermano del prior de los dominicos en estos años y del más famoso Cristóbal, entonces en el consejo de Aragón. Era pavorde y catedrático de teología. “Por aver sido la persona (palabras son de la Carta de la Ciudad) que con más fervor y afecto se ha señalado en procurar la seguridad del beneficio común y aver sido el amparo de todos los molestados y afligidos, socorriéndolos con limosnas considerables, hasta recoger a los pobres mendigos en un puesto, para que no anduviessen por la Ciudad, excusando con esto el aumento del contagio con el contacto de ellos”.⁷⁴

Razón tenían en no querer un arzobispo extraño al reino, porque no vendría. Se nombra por el monarca al dominico fray Domingo Pimentel, pero declina; después a otro dominico, Tapia, que era obispo de Sigüenza y, por fin, con resultado positivo a fray Pedro de Urbina, también dominico.⁷⁵ Ciertamente no fue valenciano. La peste, sin embargo, estaba vencida, aun cuando quedaba el temor de que tornara. Pero no fue así. Gavaldá escribiría que la muerte de Aliaga valió para la salud: “Podemos creer que aceptó Dios el sacrificio, pues desde el día de su muerte fue mitigándose el mal”.⁷⁶

FINAL DE LA PESTE. UN ROBO SACRÍLEGO EN PAIPORTA

En la etapa final de la epidemia un nuevo suceso estremecería a la ciudad. Cuando parecía que la situación se tranquilizaba se cometió un robo sacrílego en Paiporta.

Entristecieronse todos y de nuevo se cubrieron, ya que no del mismo, de mayor pesar. Ocasionele éste un horrible suceso que voy a dezir. En San Joaquín, Convento de Nuestro Padre San Agustín, distante de Valencia un legua,

⁷⁴ V. Ximeno, *Escritores del Reyno de Valencia*, 2 vols. Valencia, 1747-1749, II, pág. 32.

⁷⁵ E. Olmos Canalda, *Los prelados...*, págs. 198-199.

⁷⁶ Gavaldá, § XXVII.

Martes Santo a siete de abril a mediodía entrando un Religioso Sacerdote en la Iglesia, halló la puertecilla del Sagrario, donde suele pintarse un Salvador, hecha tres pedazos, la picina en el suelo, sin que en ella ni a su alrededor huviese forma alguna de las que tenía reservadas. Publicose el caso, a cuya averiguación acudieron todos los Tribunales, cada uno por su parte. Conmoviéronse todos los ánimos católicos al justo sentimiento que tal pérdida pedía; vistiéronse muchos de luto, las Iglesias enlutaron sus altares y puertas; y en las procesiones iban las Imágenes cubiertas de un velo negro; los Oficios se celebraban en tono baxo; y además de las rogativas particulares, que fueron muchas, hizieron públicas todas las comunidades por el hallazgo de tan rica prenda.⁷⁷

Las fuentes que utilizamos se preocupan del hecho y describen las indagaciones para descubrir al culpable. Primero se sospechó de un donado, al que se aplicó tormento sin resultado; en un segundo momento se imputó el robo a los bandidos, que habrían tomado las formas consagradas para defenderse de la justicia, dando lugar a una feroz represión del virrey contra éstos. Algunos de ellos, purgados en el tormento, no confesaron; decían que ellos no habían robado, pues a pesar de su maldad eran cristianos... En este tiempo se descubrió un hombre que había robado un cáliz en la parroquia de Onteniente. En el tormento y creyendo así lograr clemencia, se confesó culpable del robo sacrílego de las formas, asegurando saber dónde se hallaban. No pudo encontrarlas y fue condenado a muerte y mutilación de la mano; al pie del suplicio admitió que creía salvarse con ello y que nada sabía de las hostias robadas en Paiporta. Finalmente —seguimos el relato de Gavaldá— el verdadero culpable confesó a ciertas personas que había cometido aquel hecho “más simple e indiscreto que malicioso” y que las formas no habían sufrido ningún ultraje. El testimonio de otro clérigo, Torralba, es más explícito; para él el día 16 de junio apareció el verdadero culpable, un fraile del mismo convento de Paiporta “lo qual fon secret de Deu, que els su aplicassen [als bandolers], perque acabasen en ells, que de altra manera no podien viure en València, pues los bandolers se avien apoderat de tot lo Reyne, y se atrevien ha entrar en la Ciutat, y anaven a la Almoyna y traïen los pressos; y no avia qui sels atrevis a dir paraula, ni encara a preguntar qui hu a fet; patiem grans treballs y mes los que vivien de sa hizienda, perque no avia que executar a ningú, perque si enviara la execució li tiraven una escopetada y avia de dexar de cobrar, perque no el matassen, y tots estaven atemorizats”.⁷⁸

⁷⁷ Gavaldá, § XXX.

⁷⁸ V. Torralba, *Memorias curiosas*, fol. 308; Gavaldá, § XXXI. Sobre el sacrilegio de Paiporta en sus aspectos judiciales, la mejor fuente L. Matheu y Sanz, *De Regimine...*, cap. VIII, X, sect. II, fols. 361-372. En su día nos ocuparemos de

Aquel crimen de sacrilegio ocurría en un momento oportuno. Servía para distraer la atención de los días vividos en los meses de la peste. Se utilizó para enfervorizar de nuevo a un pueblo acobardado por la muerte y la miseria. Sobre todo, se utilizaba para combatir a los bandoleros enraizados en el reino, y sostenidos por algunos de las facciones que luchan en la Valencia del XVII.⁷⁹ La nobleza se apresta para la gran expedición. El ayuntamiento coadyuva en esta acción contra bandoleros; le vemos asignar una talla o premio de 2.500 libras para quien descubra a los culpables del robo. Más adelante, movido por el virrey y la nobleza, participará con 5.000 libras en la magna expedición contra bandidos.⁸⁰

El virrey estaba muy interesado en pacificar el reino, terminando con las disensiones de la oligarquía ciudadana. La nobleza se manifestó igualmente decidida a esta represión, que incluso habría de alcanzar a algunos de sus componentes. Durante abril y mayo, unas reuniones del estamento militar nos permiten conocer la preparación y entusiasmo que la empresa despierta. Conscientes de la gravedad del hecho, que reputan sacrilegio y no hurto, deciden ponerse en contacto con el virrey para manifestarle su dolor y ponerse a su disposición para encontrar al culpable. En la siguiente reunión convienen en que sólo puede ser obra de los bandoleros, acordando perseguirlos a ellos y a sus "protectores". También las misas y procesiones complementarían la reparación moral de aquella campaña. Aun cuando el sacrilegio no se había acompañado de robo de alhajas, debían ser los bandidos, que usaban las formas —según Gavaldá— por superstición, pensando que con ellas evitarían ser apresados. Las juntas de estamentos organizan la expedición, dando aviso a la nobleza rural, a los justicias y a los clérigos para que se unan y no encubran ni favorezcan a los bandoleros...⁸¹

En 2 de mayo Oropesa promulgaba un bando y real crida en donde se condena a los bandoleros por aquella acción y se establecían las

este crimen y su utilización para la lucha contra el bandolerismo; pieza fundamental es el llamamiento de los estamentos de 21 de abril de 1648, así como la *real crida* contra bandoleros del virrey de 2 de mayo de 1648, que se cita en la nota 82.

⁷⁹ J. Casey, "La crisis general del siglo XVII a València 1646-1648" *Boletín de la sociedad castellanense de cultura*, XLVI, II (1970), 96-173; J. Reglá, *Aproximació a la història del País Valencià*, València, 1968; S. García Martínez, *Els fonaments del País Valencià modern*, València, 1968; recientemente, J. Reglá y otros, *Història del País Valencià*, III, *De les Germanies a la nova planta*, Barcelona, 1975.

⁸⁰ *Manual de Consells*, 10 y 27 de abril, A. M. V.

⁸¹ A. G. R. V. Real Cancillería. Cortes por estamentos, leg. 539, sesiones secretas 456 r.-479 r., con amplias referencias 479 r.-487 v., Gavaldá, § XXX.

líneas de actuación contra ellos. La persecución se había reducido en los tiempos de la peste y la guerra, pero ahora, ante el hecho sacrilego, era preciso un mayor rigor. Reconocía que estaban protegidos por alguna nobleza y por los pueblos y exigía que cesase aquella protección y fueran delatados a los oficiales reales. Las penas establecidas para los autores eran demolición de casa, seis años de galeras y 200 libras para plebeyos, y de seis años en Orán y 600 libras para los nobles, más otras, en general, al arbitrio de los jueces hasta la de muerte. Los oficiales de las ciudades y villas sufrirían la pena doblada... Los que encubriesen o protegiesen a los delinquentes serían castigados con la mitad de aquellas penas.⁸²

La expedición contra los bandoleros fue un auténtica campaña bélica. Más de 2.000 caballeros, con el virrey al frente, 1.000 labradores y otros contingentes de las diversas villas y pueblos se les enfrentaron. Durante tres meses se consumó esta empresa que llega a despoblar de bandoleros el reino. Las consecuencias fueron sangrientas, con jornadas de gran número de ahorcados. No cabían en la cárcel habitual, Torres de Serranos, y tienen que habilitar las de Quart...

Solament de la quadrilla de Pere Jolvi ne agafaren sexanta y tres; plantaren la forca en lo mercat de quatre cantons, y als bandolers que agafaven nols donaven mes temps que per a confessarse, y si era de matí els donaven la Comunió. H[a]gue dia que en penjaren digüit y els dugueren en tres galerades. Avia dos bochins y no eren bastants per a penjar y despenjar; y con no era bastant la sepultura que ya [hi ha] per a els penjats en la Iglesia vella de la Parroquia de Sant Juan, los posaven en carros quan los baixaven de la forca y els duyen a soterrar al fosar ahon soterraven los apestats, fora del portal dels Ignocents. Degollaren en València en este desafor a dos Cavallers, a un don tal Garrigues, Cavaller de Carcaixent, que per tan fautor y la gran amistad que tenfa ab los bandolers, li deyen lo Princep dels bandolers. Y el día 15 de Maig 1648 a les deu del matí degollaren a D. Thomás Angresola, Cavaller de València y ben emparentat, per ser tan gran fautor de bandolers; el Visorrey estava en Torrent y li vingué orde de Madrid, que vista la present li llevás lo cap, y encontinent hu executá.⁸³

⁸² *Real crida, pragmatica sanció, feta y publicada de manament y orde del illustríssim y excellentíssim Senyor conde de Oropesa Virey y Capita General del present Regne. Contra los receptadors auxiliadors y ocultadors dels delinquentes y bandolers.* En Valencia en casa de los hereus de Chrysos. Garriz, per Bernat Nogués, junt al molí de Rovella, Any 1648. También en A. G. R. V., Real Cancillería, leg. 601.

⁸³ V. Torralba, *Memorias curiosas*, fol. 308. En el *Libre de racional*. 1648 de San Pedro, hay una asiento en 28 de mayo por Tomás Anglesola por misas y en 17 de junio por muerte de un llamado "el Princep, per averlo degollat en la plaça de la Seu en Ntra. Sra. dels Desemparats".

Los Anglesola eran poderosa familia de la nobleza baja, que capitaneaban uno de los bandos en lucha dentro de la ciudad de Valencia. Pretendían que se volviera al gobierno usual del ayuntamiento, pues los sucesos últimos y aun órdenes reales anteriores habían suspendido la insaculación de los cargos, dejando a su partido en mala situación. Por conexión con algunos bandoleros y su posición contraria a quienes dominan la ciudad, se abatirá con rigor a un Anglesola. El padre de este ejecutado se verá envuelto en grave proceso del que se quiere librar por su pertenencia a la inquisición...⁸⁴ “En el tiempo que la justicia iba ocupada persiguiendo los bandoleros, la Ciudad trabajava en purificar sus casas; avían quedado muchas destas vacías, llenas de trastos viejos y ropas de empestados. Cuidóse primeramente que los carros recogiesen toda la ropa; después a cuenta de la Ciudad las perfumaron todas con romero y enebro, y después las enjalbegaron, repartíendose en esta ocupación los Jurados. Para onze de octubre se publicó Procepción de gracias, la qual se hizo con mucha alegría y alborozo”.⁸⁵

Al día siguiente se hizo otra procesión —las fuentes describen con detalles— por los difuntos que había segado la peste. Y todavía el 18 la procesión del Corpus, que no había podido salir aquel año en su día, recorrió las calles de Valencia, “con tanto aplauso y regozijo que no se diferenció del mismo propios; pues acudió tanta gente forastera que no se conoció la falta de veynte y quatro mil personas, que según decían avían muerto en Valencia y en sus contornos”.⁸⁶

* * *

A lo largo de estas páginas hemos querido presentar la postura y actividades del clero durante la época de la peste. Nos hemos servido fundamentalmente de dos relatos de origen eclesiástico muy ricos en sus detalles y datos, pero procedentes de dos clérigos regulares, Francisco Gavaldá dominico y Vicente Arcayna, vicepreósito de la Compañía en Valencia. Las otras fuentes eclesiásticas nos han deparado menores posibilidades, y en buena parte están destruidas.⁸⁷ Tampoco en otros fondos manejados nos ha sido posible encontrar precisiones acerca de los clérigos. Esta utilización preponderante ha supuesto cierta limitación en la valoración y ponderación de las aludidas fuentes, que

⁸⁴ A. C. A., Secretaría de Valencia, leg. 583.

⁸⁵ Gavaldá, § XXXII.

⁸⁶ Gavaldá, § XXXII; V. Torralba, *Memorias curiosas*, 307-309.

⁸⁷ Destruídos los archivos del arzobispado y de las parroquias de Valencia, sólo hemos podido consultar San Esteban y San Pedro, así como otros fondos del archivo de la catedral.

poseen un carácter singular, por su pretensión indudable de magnificar la actuación de la iglesia, en especial del clero regular y, más aun, de estas dos órdenes.

La *Memoria de los sucesos particulares de Valencia y su Reino* fue escrita por Gavaldá a encargo de la ciudad de Valencia, para que quedara constancia de aquellos días aciagos. Pero también —como es lógico— para que quedaran fijados los sucesos de la peste con una determinada perspectiva, justificando a las clases dominantes en su actuación. Es muy significativo que el mismo autor publicase por encargo de los jurados, en el mismo año, su *Memoria para gloria de nuestra Ciudad y nación del considerable socorro con que ésta sirvió a su Rey en el sitio de Tortosa*. Nuestro dominico se convirtió en una importante personalidad de Valencia con ocasión de la peste, concediéndole la ciudad el doctorado y una cátedra de teología...⁸⁸ La idea central de su libro se apoya en la armonía entre la nobleza, el clero y las autoridades locales, que se comportarían honestamente ante los sucesos. Todo el libro —todos los datos— se ajustan a esta idea central, sin que resalte bastante la huida general de los pudientes o la actitud del virrey y su familia...

Lo cierto es que en el mayor rigor de la peste jamás faltaron ministros para acudir con la puntualidad acostumbrada al culto divino y a la administración de los Sacramentos. El Virrey, la Audiencia y los demás Tribunales se conservaron con la propia formalidad que antes. La Ciudad acudió a todas sus facciones como si en Valencia no hubiera peste, nunca les faltaron ministros para las infinitas ocupaciones que tenía. En la Lonja no faltó el trato, ni las puertas de la Alhóndiga se cerraron. En las sagradas Religiones, menos en el comer de pecado las que lo professan, y en levantarse a media noche a Maitines, en todo los demás se guardó puntualísimamente la regular observancia...⁸⁹

Esta pretendida armonía social no era cierta. Incluso dentro del clero fallaba por las rencillas entre las órdenes o por la pertenencia de algunos

⁸⁸ Se le concede el doctorado en 8 de febrero de 1648, *Manual de Concells*, 8 de febrero de 1648, A. M. V., A-186. Años más tarde todavía se recuerda en el convento; al pretender una cátedra, un dominico, Tomás Navarro, escribía en 1721: "una de las cuales es la que de presente vaca, llamada de Veranillo, la confirió con mano generosa V.S.^a al Letor Fray Francisco Gavaldá, con las apreciables circunstancias de dispensar por aquella vez el concurso, y concederle sin depósito, ni costas, el grado de Doctor en Theología, todo en atención de los señalados servicios del Convento y de sus Religiosos en tiempo de tan mortal aflicción para este público", A. M. V., *Instrumentos 1721*, sin paginar.

Las dos obras de Gavaldá citadas van juntas en la primera edición de 1651, que se describe en nota 1.

⁸⁹ Gavaldá, § XXXII.

a los grupos de bandoleros. En 1649 una queja del estamento militar se refería a muchos eclesiásticos que habían estado presos “per indiciats per bandolers, valedors y receptadors de aquells”.⁹⁰ Frente a esta armonía superior, el pueblo se presenta a sus ojos como pecador y lleno de tantos vicios que había desencadenado la ira divina... Tampoco los médicos, que suponían una actitud más racional ante la peste, escapan a la crítica del dominico. Las diferencias de diagnóstico, sus dudas, le parecen culpables: “No deven ser culpados los que la governavan, sino aquellos a quienes tocava por su facultad conocer el mal y descubrirle”.⁹¹

El jesuita Arcayna tiene unas pretensiones más concretas como hemos tenido ocasión de ver. No se publicó su manuscrito, porque su única finalidad era informar al provincial —a sus hermanos de orden— de los hechos y la conducta meritoria de los padres de la casa profesa de Valencia. Su narración es más ceñida al paso de los días, más atendida a casos concretos en que participaron los jesuitas, a milagros y confesiones ejemplares... Este protagonismo está claro en cada una de sus páginas en donde él aparece en tercera persona, como vicepreposito... Un caso —uno más— permite apreciar sus intenciones: un padre, mientras iba confesando, se halló herido por la enfermedad; cuando se retira hacia su convento es requerido para confesar y duda, pero resuelve ir a confesar y consolar a una enferma, confiando que Dios le daría fuerza para ello, y en caso de morir, sería buena ocasión en el ejercicio de la caridad. Así lo hizo y acabada la confesión se halló sano.⁹² El relato de Arcayna se mueve en terreno reducido al recinto de su orden, al ejemplo de sus acciones y los sucesos de cada día. El problema general de la peste se le escapa; apenas, al final del manuscrito, añade algunas precisiones sobre la actividad de las juntas y autoridades... Igualmente glorifica al virrey o resalta las divergencias entre los médicos.⁹³ Mas, por detrás de su narración, laten los mismos principios o supuestos que para Gavaldá: la providencia divina actúa con eficacia a través de la acción del clero. Se manifiesta en los milagros que se producen frecuentes por la intercesión de los santos y ángeles... El temor a la muerte y a Dios debe provocar el arrepentimiento de los pecados largamente silenciados...

Estas fuentes clericales enjuician los sucesos de la peste desde su peculiar ideología, desde su perspectiva de estamento dominante e ilustrado. Nos deparan una idea nítida del sentido que la epidemia poseía

⁹⁰ A. G. R. V., Real Cancillería, leg. 540, carta de enero de 1649 a Juan José de Torres, conde de Peñalva.

⁹¹ Gavaldá, § II.

⁹² Arcayna, fol. 10.

⁹³ Arcayna, fol. 1. También contra los médicos y halagando al virrey, L. Matheu y Sanz, *De Regimine...*, cap. VIII, § X, sect. I, fol. 359.

para ellos... Reflejan la vida de Valencia en aquellos meses - con sus pánicos y sus muertes—, subrayando la actividad del clero, que lucha y labora contra el horror. En las parroquias y en los entierros, en las morberías y en las juntas de sanidad... Flagelo de Dios contra los pecados y vicios de los hombres, la peste irrumpe con saña sobre los habitantes de la ciudad mediterránea, para después ir extendiéndose hacia el sur y hacia el norte, hacia el interior. Valencia, una sociedad mercantil en un marco feudal, responde como puede ante la adversidad de aquella catástrofe. En estas páginas hemos procurado dibujar la actuación de los clérigos, sus actos y también sus ideas. Unos y otras —obras e interpretaciones— desean justificar la posición del estamento dentro de la jerarquía existente en aquella sociedad, presentar una explicación y unos remedios para la peste. Dios que castiga, clérigos que se esfuerzan con generosa dedicación, autoridades que cumplen con fidelidad, maniqueísmo entre buenos y malos... Miedo y sujeción de las gentes en el futuro... Según dice Gavaldá: “llevóse Dios los buenos y su misericordia dexó los malos para que se emendaran, ¡ay destos si no lo entienden!”⁹⁴

⁹⁴ Gavaldá, § XXXII.